

lo que importa es que tú te fijes una meta y que logres llegar a esa meta... y eso se logra con sacrificio [A. m. m.] porque no vas a poder ser, nadie entonces ¿qué te espera para el día de mañana?, tú estás empezando o sea estás empezando, claro entonces no pueden tener esa mentalidad, si la idea de ellos, yo te digo ¡jalá ustedes algún día lleguen a ser algún profesional... porque hoy en día sin profesión

Alejandro Álvarez Espinoza
Daniela Vera Bachmann
(Editores)



Educación en el campo

Historias de vida de
profesores rurales

Ilustraciones

María Ester Chapa

**Alejandro Álvarez Espinoza
Daniela Vera Bachmann**

Educación en el campo

Relatos de vida de profesores rurales

Ilustraciones de María Ester Chapa

La infancia en el campo, que avergüenza como un vestido de percal a nuestra gente cursi, la he sentido yo siempre, y la considero todavía, y cada día más, como un lujoso privilegio, agradeciendo la mía y deseando delante de cualquier niño que ya se endereza, el que la tenga semejante, cargada "del mismo maravilloso" que me ha sustentado a mis cuarenta años.

Gabriela Mistral

Mientras hayan islas tiene que haber escuelas rurales, mientras hayan cordilleras tiene que haber escuelas rurales, mientras haya lejanía de centros urbanos tiene sentido la existencia de escuelas rurales.

Hércules Barría
Profesor de Estado.

Indice

Prólogo.....	5
Los años de formación.....	9
Maestros que forman maestros.....	31
A pulso.....	40
Comunidad.....	49
Trabajo y vida.....	67
Cambios.....	76

Prólogo

Tal vez uno de los riesgos que entraña editar un libro de testimonios consiste en adoptar una posición que resulte relativamente equilibrada respecto de la diversidad de voces y perspectivas expresadas en ellos, a sabiendas –además– de los inevitables sesgos de quienes han intentado la tarea de acercarlas al lector. Tal diversidad de voces puede de pronto transformarse en una polaridad de imágenes estereotipadas, que va de la complacencia a la denuncia, y que en el presente texto hemos tenido al menos la intención de evitar, esperamos que al menos con mediano éxito. A modo de ilustración –y respecto de lo rural–, constatamos que efectivamente se trata de una realidad a menudo ignorada, y que socialmente tiende a representarse de forma más bien ambivalente. Así, coexiste una visión profundamente romántica del mundo rural, –en que se idealizan características como la pureza o la belleza natural–, y una representación degradada que podríamos llamar “de déficit” –vinculada a lo sucio, o lo poco refinado–, en que la realidad rural se concibe como aquello que no es urbano, encontrando por lo tanto su definición desde la carencia relativa respecto de un patrón de vida y una estética urbanas. Más allá de su valor intrínseco, lo cierto es que cada una de estas imágenes polares no logra por sí misma reflejar la complejidad y actualidad de un mundo rural que vive rápidas y profundas transformaciones de orden económico, social y cultural derivadas de procesos de modernización, con consecuencias escasamente previsibles y que inevitablemente llegan a la escuela. Y, por cierto, al profesor rural.

Entonces, caemos en cuenta que el profesor rural de alguna manera hereda parte de estas imágenes prototípicas, siendo considerado ya románticamente, como un personaje épico, artífice de la construcción del estado nación y encarnación del ideal mistraliano; o bien, como actor educativo de precaria formación, limitado

acceso a bienes culturales o, incluso, como persona sobre la cual se ciernen dudas acerca del cabal cumplimiento de su labor.

Creemos que estos prejuicios son producto del desconocimiento de la realidad rural. Si le damos crédito a la idea consistente en que a mayores grados de ignorancia corresponde mayor presencia de prejuicios, deberíamos aceptar asimismo que en este caso tales prejuicios revelan un hecho cierto: la historia de la educación rural en Chile es una historia en gran medida no escrita y por lo tanto desconocida.

De modo tal que ¿por qué interesarnos en las historias de vida de profesores rurales? Podríamos responder: porque la historia de vida de los profesores rurales forma parte de la historia de la escuela rural chilena, una historia que se encuentra encarnada en la vida de los miles de niños y niñas que corrieron y corren en sus pasillos y patios, de las familias que la habitan y en los relatos de los profesores que hicieron y hacen de ella un importante espacio de vida comunitaria para las localidades que las construyen día a día. Esa historia se confunde con la historia de cada uno de los profesores que ejercieron y ejercen su trabajo en condiciones muchas veces difíciles, y para el que parece requerirse una energía que sólo puede provenir de la convicción de la importancia del trabajo que realizan. Deberíamos aún añadir que nos abocamos a los profesores rurales y sus relatos por el interés intrínseco que su vida comporta, en cuanto testimonio de trabajo; doble interés que convocan sus relatos en esta época en que el trabajo docente se resiste a someterse al control burocrático e intenta asumir el reto de establecer criterios propios para evaluar su calidad.

Este libro surge del interés relacionado con los aspectos biográficos de la educación en general, y de la educación rural en particular, que ha sido un importante motor del trabajo del Área de Psicología Educacional de la Escuela de Psicología de la Universidad Austral de Chile, sede Puerto Montt, en la labor

de indagación realizada entre los años 2015 y 2016. Está estructurado en torno a temas genéricos, que organizan la exposición de los relatos. En ellos se narran las diversas experiencias de formación como profesor rural -desde el maestro normalista, explícitamente orientado al trabajo en comunidades campesinas, hasta el maestro formado “a pulso”, en el trabajo de aula-; los desafíos que presenta el trabajo en el campo, el valor de la comunidad en el trabajo docente, la manera en que los límites entre la vida personal y el trabajo se van desdibujando para dar paso a un continuo que forma parte del enseñar en el campo, además de los cambios que -tanto la escuela, la comunidad, como la misma labor docente- han experimentado, en la voz de cada uno de los profesores protagonistas de estos relatos; maestros y maestras de larga trayectoria -algunos de ellos jubilados-, que han desarrollado la mayor parte o la totalidad de su trabajo, en escuelas rurales de la Región de Los Lagos.

Cada relato es a la vez personal y colectivo, pues por una parte conforma una parte de la identidad profesional del maestro rural del sur de Chile, que en su conjunto muestra la interdependencia de los discursos, las representaciones, las experiencias y las prácticas y, por otro, contiene márgenes íntimos e intransferibles, dando cuenta de la singularidad de cada maestro, aun cuando pertenece a un colectivo, rescatando la dimensión personal del oficio de enseñar. Un aspecto casi siempre anónimo y, sin duda, poco reconocido. Por ello, nos complace invitarles a re-conocer la educación rural en el sur de Chile, a través de la experiencia narrada de quienes han contribuido de forma decisiva a construirla.

Los editores

Puerto Montt, invierno de 2020

Los años de formación



Marcia

Donde haga más falta

Al principio te buscaban como remplazante. Terminabas un remplazo, y te hacías otro. Pasabas de una escuela a otra, por días, por semanas, un mes, dos meses. Cuando fui a Los Pellines, estuve como tres o cuatro años, pero estaba como interina, o sea, con un contrato que vencía cada cierto tiempo, a contrata te diré; en ese tiempo tenía otro nombre. ¿Por qué partí de ahí y me fui a la cordillera? Pues porque se abrían los interinatos indefinidos. Además, por la lejanía donde me iba, no había mucha competencia. Nadie se quería ir pa' allá, digamos. Era una forma de entrar al servicio. Y cuando me sale este interinato, me acuerdo que había dos posibilidades: Petrohué o Llico, que era en la cordillera. Yo no conocía ninguna de las dos partes. El jefe me preguntó: "¿donde te quieres ir?". "Petrohué" -hubiese querido decirle-, pero para hacerme la Gabriela Mistral, le respondí: "donde haga más falta". Y me dice: "para que no te quejes, hagamos que sea a tu suerte, saca una moneda". Cara era Petrohué y sello era Llico. Y salió Llico. Me acuerdo que salí de ahí, y me fui al terminal de buses en Puerto Varas a preguntar cómo se llegaba a Llico. Una señora me dijo "usted está preguntando por Llico, yo soy de Llico". "Ya" -le dije yo- "¿y cómo tengo que hacerlo para llegar a la escuela?" "No" -me dice- "es que en un día usted no puede llegar a su escuela. Pero ¿cuándo va a viajar usted?" "Tengo que irme mañana"-le respondo-. Entonces me dice: "No se preocupe. Embárguese a tal hora en tal micro en Puerto Montt y usted le dice al conductor que se va a bajar en Llico, en casa de tal persona". Un viaje interminable. Y esa señora me estaba esperando para darme alojamiento en su casa.

Me acuerdo que amanecí sentada. Vestida y sentada en la cama, porque la cama había sido usada. Claro, gente que uno no conocía. Entonces no me acosté, sino

que me senté; al otro día amanecí tal cual como estaba. Ese día pude llegar a la escuela. Era pobre, pobre, muy pobre. No había nada, nada, nada. Tenía piso, pero era puro barro adentro. Hileras de pasto. Cuando entré, me acuerdo que había un pozo. Fui a buscar un tarro para sacar agua, porque en la escuela había que sacar agua de pozo. Me conseguí una soga, y lo primero que me sale en el balde fue un tremendo guarén. Me acuerdo que me enronché entera de los puros nervios, porque yo había tomado agua de ahí.

Con los chicos íbamos a buscar nalcas en este tiempo de octubre. Eran como hualves¹ que habían, donde había mucha agua. Íbamos descalzos, pantalones bien arremangados y todos a pata pelá, desde la profe. En ese tiempo los chicos no usaban zapatos ahí. Había mucha pobreza. Te imaginas estos días de lluvia, con una mantita que parecía babero y pantaloncito corto y a patita pelá, y...¿quién se quejaba de frío?. Nadie.

¹ Hualve: pantano, ciénaga (Diccionario español-mapudungún, Universidad Católica de Temuco. Disponible en <https://uct.cl/diccionario/index.php>).

Nelso

El acordeón

En el examen de admisión a la Escuela Normal había que tocar un instrumento o cantar. Yo no sabía tocar ninguno, pero cantaba y tenía buena voz y eso me salvó. En esos años, cuando vivía en Chacao, a mi casa llegaba músicos para el 18 septiembre o el 21 de mayo. Se quedaban en la casa porque los llevaban al Club Deportivo. Los músicos después no se llevaban el acordeón a su casa porque no tenían las condiciones físicas para hacerlo, entonces se quedaban los instrumentos un par de días, quince días o hasta un mes. Ahí comencé a entusiasmarme por el acordeón.

En el examen también había una parte de expresión oral. Me pidieron que hablara de la proyección que tenía la maderera que estaba cerca de Chacao. Yo no tuve mayor problema, solamente organizar las ideas porque conocía bien el tema. Mi papá trabajaba en muebles y nuestra experiencia era que todos los años en enero y febrero se elegía la madera para trabajarla en otoño y en invierno. todos los años íbamos a ayudarle a escoger la madera, desarmar los castillos y seleccionarla, así que yo no tuve ningún problema en hablar de ese tema.

Nélida

Yo elegí ser profesora

Bueno, yo elegí ser profesora. No fue por accidente. Como vivía en el campo, no había otra posibilidad. Vivía en Chiloé -Rilán se llamaba el sector, en la comuna de Castro-, y siempre supe que quería ser profesora. Allá estaba la Universidad, que en principio era la Escuela Normal de Ancud y luego comenzó a llamarse Universidad Austral. Quizás uno ahí no tenía otra, pero me gustaba. Y salí llamada, me fui a la Universidad y empecé allí mi caminar. Pero siempre me gustaron los niños, pensaba que era lo que más me llenaba. Me fue bien en la Universidad, me fue bien en mis prácticas y luego vine a buscar nuevos horizontes. En esa época no había muchas opciones en Castro, por lo tanto tuve que salir al continente; vine acá a postular y empecé a trabajar en Calbuco, en un sector rural.

Yo entré en el año 75 y salí en el 79. En esa época ya no era Escuela Normal, sino que era sede de la Universidad Austral de Chile. Mi práctica la hice en la Escuela Anexa -no sé si se sigue llamando así-, en el primer ciclo básico. Siempre he trabajado en el primer ciclo básico, no sé trabajar con niños más grandes, no tengo llegada, siempre ha sido eso. Después me trasladé a Puerto Montt. Ahí hay una escuela que se llama "Chiloé", hice un reemplazo y luego me trasladé -ya con contrato- a Huatral, eso queda en el sector de Huelmo, siempre en la comuna de Puerto Montt. En Huatral estuve desde el año 80 hasta el año 84. En el año 85 me fui a San Agustín, sector perteneciente a la comuna de Calbuco, hasta el año 89, y en abril del 89 me trasladé a Coligual San Juan -así se llama el sector-, donde estuve 19 años. Ahí trabajábamos con el que ahora es mi marido. Él era el director. Mis tres hijas estudiaron ahí; nunca las cambié a otro colegio hasta que

terminaron, y les fue bien. En los otros colegios no tuvieron ningún problema. Las tres son profesionales. Ahora me queda el "conchito", que entró a la universidad; así que no podemos decir que las escuelas rurales se están muriendo. Tengo tres hijas, una es profesora. Otra está en la universidad, empezó este año. Estudia medicina en Santiago.

Marlene

Era obligación tener tres años de ruralidad

Yo llegué a esta escuela a trabajar en el año 78, estudié educación, profesora de educación básica con mención en matemática, cuatro años en la Universidad de Chile, sede Osorno. Tengo la mención de matemáticas, entonces la verdad es que estudié cuatro años matemáticas. Nos daban una pincelada a lo que es pedagogía, pero mi especialidad son cuatro años intensivos de pura matemáticas. Fuimos la última promoción que salimos con mención, porque ese año que yo terminé, la sede Osorno de la Universidad de Chile se cerró y después pasó a llamarse Instituto Profesional de Osorno. Nosotros fuimos los últimos que salimos, y por ende también se cerró la mención. En ese entonces la universidad daba mención en casi todas las asignaturas: lenguaje, inglés, ciencias naturales, educación física, matemáticas.

En el tiempo en que yo egresé, era obligación -pero obligación- tener tres años de ruralidad; nosotros debíamos hacerlo porque pertenecíamos al Ministerio de Educación. Las escuelas no eran municipalizadas todavía, y era obligación venirse al campo; entonces cuando yo terminé de estudiar, postulé. En ese entonces íbamos a las provinciales de educación a buscar escuela. Habían muchas localidades para ir a trabajar. Yo elegí esta sin conocerla, y la elegí más que nada porque era la más cerca de Osorno. La referencia que a ti te daban cuando uno salía, era “mira hay escuela acá, setenta kilómetros acá, ochenta acá, noventa acá, cien acá”, y esta era la más cerca: cuarenta y cinco kilómetros. Me llamó la atención, y me vine a este lugar sin conocerlo y, bueno, con la mentalidad fija de lo que el sistema me exigía: tres años de ruralidad. Y la verdad es que yo quería estar los tres años e irme, pero me enamoré, me encantó. Todo este lugar me

gustó, me gustaron los niños, me gustó la escuela y también encontré al que es mi esposo hoy día. Durante esos tres años lo conocí, y me casé.

Raúl

Lo que tenía la Normal es que tú practicabas harto

Lo que tenía la Normal es que tú practicabas harto; de partida, en primer año tú entrabas y al tiempo, ya al segundo año empezabas tu práctica. Me acuerdo que tenías lo que se llamaba el período de organización, o sea, te llevaban dos semanas a un colegio que te asignaban y tú ibas aprendiendo a hacer matrícula, a llenar el libro de clases, el registro escolar, a pasar las fichas anamnésicas, a medir. Todas esas cositas que tú haces al principio, que hoy día ya prácticamente no se hacen, todas esas cositas las hacías. Y yo sé que en la universidad no. Y después, ya a mitad de año, empezabas con la práctica quincenal de clases. En Práctica Uno te asignaban un colegio donde te decían por ejemplo “Ya, usted, eh... Raúl Vera, matemática en la escuela 7, el jueves”. Así que tú ibas como el lunes a conocer a la profesora para saber cuál era el contenido que quería que nosotros pasáramos, para conocer cuántos niños eran, para preparar tu material, porque en aquel tiempo igual se hacía así una planificación y otras tremendas sábanas. Y hoy día me parece que los cabros no van a practicar muy seguido. A mí me tocó practicar en las monjas, en la escuela anexa, distintas asignaturas: música, por ejemplo, que no encajaba ni juntaba con educación física que era mi especialización, por así decirlo, pero uno tenía que tener todas las didácticas.

Me acuerdo que la Escuela Normal tenía una escuela anexa, la escuela de aplicación anexa que tenían las normales, donde los chicos eran topísimos. De partida los profes eran bacanes, porque también eran profesores nuestros, los guías de práctica, y nosotros partíamos practicando ahí. De hecho, el primer paro que hicimos se hizo para no practicar todos los ramos en la anexa, porque los cabritos sabían que nosotros éramos alumnos de la Normal y nos aportillaban

toda la clase. Los cabros se preparaban para ir a hacerte preguntas así difíciles. Entonces estaba uno en la mitad explicando algo y la pregunta del cabrito “¿Qué significa esto?”. Y si tú no sabías salir, te calificaban mal pues. Entonces después de ese paro se logró que las prácticas no solamente fueran en la anexa, sino en todos lados. Siempre me acuerdo el primer día que salimos a hacer nuestra primera práctica: nos llevaron a la anexa, abrieron las puertas para entrar al pasillo y todos los niñitos al medio aplaudiéndonos ahí, y haciéndonos zancadillas. Se reían de una manera...

Hércules

Mi motivación fue la situación económica más que nada

Mi motivación fue la situación económica más que nada, porque ocurre que mi papá ya tenía mucha edad, digamos -nosotros fuimos hijos de un papá ya mayor-, entonces era muy escasa la remuneración. Mi papá era jubilado, y éramos varios hermanos los que estábamos estudiando. En aquel entonces no había posibilidad ninguna de ni siquiera yo poder decir "necesito dinero para dar la prueba y dinero para viajar a Santiago a estudiar". Porque había que estudiar en Santiago; en Osorno no había nada, en Valdivia si había una universidad, la Austral, pero bueno, había que ir allá, y dónde están los dineros...el arancel, la pensión... entonces no, no. La motivación diría yo fue el asunto económico que era estudiar cerca, educación gratis y tenía que pagar la pensión, nomás. De tal manera que cuando llegué a Ancud, llegué a una pensión, pero algunos días después de mi llegada supe que había una escuela llamada Escuela Agrícola, donde estudiaban agricultura los niños y que acostumbraban a contratar a un estudiante de la Escuela Normal para que cumpla con la función de inspector. A uno le daban la autorización para ir a estudiar, uno iba almorzar y en la tarde uno llegaba y se hacía cargo de los alumnos de la tarde y los entregaba en la mañana. Así que yo me eduqué en Ancud trabajando como inspector de la Escuela Agrícola. Y a mis papás les dije: "mándenme algunos pesos para tener para el cigarrillo y para pololear, nomás". Incluso tuve la suerte que en un negocito chico del barrio, la dueña me dio trabajo. Resulta que yo había estudiado en el liceo de Puerto Montt, y había unos ramos especiales en el último año -séptimo de humanidades, era el último, creo séptimo de humanidades- y había unos cursos, uno tenía que escoger un ramo: estudiar gasfitería o electricidad o contabilidad; y a mí me dio por estudiar contabilidad, entonces supe llenar los libros de los negocios, los balances

del día, todo eso. Entonces, un día pasé a comprar algo y le consulté por trabajo. Le dije: “¿a usted quién le lleva la contabilidad?”. “Un caballero” –me dijo- “me cobra tanta plata”. Chuta le cobraba como cien mil pesos de ahora. “Yo le cobro la mitad”, le dije. Listo. Así que todos los meses tenía sesenta mil pesos; y qué, era hacer una leserita, nomás. Y después otro negocio más pidió mis servicios también, así que tuve esas dos entradas. De esa forma, durante dos años, me eduqué como profesor.

Eugenia

Después me fue gustando

Yo empecé a estudiar porque mi mamá falleció cuando yo tenía 17 años. Ella era profesora básica. Ahí se me acabó el mundo como quien dice, me emociona recordarlo. Tuve que estudiar aquí en Ancud porque mis hermanos también estaban estudiando. El mayor se recibió de abogado, mi hermana estaba estudiando en Santiago y mi hermano también. Yo me quedé con el papá y con una nana que nos crió a nosotros desde que yo había nacido.

Al principio era la posibilidad que había acá en la ciudad, por problemas de dinero y tantas cosas. Después ya me fue gustando. Y me fascinó. Estudié, me gustó todo, fui muy responsable. Entré a estudiar a la Normal después de sexto de humanidades. Tenía 18 años.

Mi primera escuela fue Cocotué. Ahí estuve 12 años. Cuando llegué el piso de la escuela se baldeaba todos los días o fin de semana, con cloro y todo. Entonces le pregunté al director por qué lo baldeaban si lo podíamos encerar. Me dijo: no, aquí no va a durar nada. La escuela era una casa larga y se entraba directo a las salas de clases, entonces de hecho se acarrea mucho barro y no había pavimento en ninguna parte. Como le insistí, al final el director me dijo haga usted lo que quiera en su sala. Así que yo la limpié, la dejé secar, nos pusimos de acuerdo con los apoderados, la enceramos y dio resultado. A los niños le empezamos a pedir cubre calzado, las pantuflas quedaban a la entrada de la puerta. Llegaba hacer fuego en la mañana y los niños en los recreos me juntaban astillitas, palitos; íbamos a buscar a un montecito que había cerca y los mismos apoderados también nos llevaban un palito de leña. Nosotros, cada uno,

comprábamos un metro de leña para el mes, y así teníamos calor porque era un frío infernal. Y empezaron a ver que llegó una mano femenina. Puse cortinas en las ventanas, ya que no existía nada de eso y bueno, en esos tiempos tampoco había mucho dónde comprar cómo es ahora, y la cosa cambió radicalmente. Siempre me felicitaban. Me costó salir de esa escuela.

Raúl

“Los preparamos a ustedes para esto”

Nosotros nos formamos en la Escuela Normal Rural de Ancud, la ENRA. Uno iba al campo, era muy raro la persona que llegaba a la ciudad, o sea, el que tenía suerte entraba al Departamento de práctica y, pucha, a la Escuela 10 de Puerto Montt, ahí se quedaba. Pero el resto, al campo. En el campo en aquel entonces - estamos hablando ya de cuarenta y... cuarenta y cinco años atrás, cuarenta y siete años atrás- indudablemente no había, no existía lo que existe hoy: la comunicación de hoy día, llámese a través de carretera o internet, telefonía, televisión, etcétera. Así que a uno lo preparaban para eso. O sea, la gente tenía poco acceso a los centros de salud, en aquellos tiempos no existían las postas rurales, entonces uno como profe tenía que saber muchas cosas de eso. Yo me acuerdo que Ampuerito, el profesor de psicología, nos decía eso: “los preparamos a ustedes para esto ¿ah? Ustedes van a ir al campo, ojalá que lleven su máquina de escribir ¿no es cierto? Lleven esto y esto otro”. Porque todo el mundo le va a preguntar a usted. Entonces, uno tenía que saber de todo. De todo un poco, por último. En cambio hoy día, no sé. La verdad, no sé cómo explicarlo, pero ¿cuál será el objetivo de preparar a los chicos? Porque no quiero decir que vengan mal preparados, pero hoy día hay más medios tecnológicos. En cambio, antes tenías que de repente leer, prepararte, hacer todo a mano y... Bueno, y siempre se destacaba en ese aspecto el profesor normalista. Yo con eso no quiero decir que yo sea una eminencia en educación, en absoluto. Pero sí a los cabros de hoy les falta ese granito de, no sé, a veces más vocación. Uno lo ve.

Cándida

El delantal a cuadrillé

La Escuela Normal era un internado. La ropa que usábamos de lunes a viernes la entregábamos los viernes para el lavado y luego las recogíamos los lunes. Cuando yo estudiaba era súper pava, ahora me doy cuenta. ¿Sabe qué hacían las chicas más grandes? Les robaban la ropa a nosotras las más chicas, o tomaban alguna prenda que había sobrado. Éramos treinta en un dormitorio, entonces siempre había alguna prenda de más o de menos. Algunas se las robaban y otras se quedaban con cosas que no eran de ellas. ¿Y qué hacían con estas? Las cambiaban por nalcas y milcaos. Esa era la moneda de canje, porque en esos años había gente que compraba ropa.

En el internado a las siete de la mañana se tocaba la campanita para despertar. Estuvimos viviendo ahí ocho años. Al lado estaba el departamento de la señora María que era la inspectora. Ella se encargaba de despertarnos cuando nos quedábamos dormidas. Nos levantábamos, nos duchábamos, había que dejar hecha la cama y luego bajar a tomar desayuno. Luego nos íbamos a clases hasta la hora de almuerzo. Después teníamos clases hasta la hora de once y luego venía la hora de estudio obligatoria controlada por los inspectores. Ahí nos cambiábamos porque la hora de estudio era con otro delantal. El uniforme era un delantal blanco y el de la hora de estudio era un delantal a cuadrillé rojo. Después nos daban un espacio para conversar y para compartir hasta que se apagaban las luces y nos teníamos que ir a dormir.

Cuando una llegaba, le daban un prospecto con todas sus cosas: sábanas, frazadas, ropa interior y de eso nos teníamos que hacer responsables. Dos

cubrecamas, dos colchas que eran blancas, todas exactamente iguales. Había una compañera de apellido Bello que llevó un plumón. Un plumón hermoso. Su cama quedaba toda esponjosa. Así que las más mañosas pasaban como que no quiere la cosa a correrle o sacarle el plumón para que su cama no se viera tan bien hecha. En esa época, cuando uno no tenía recursos, era bastante generoso hacerse de todo ese equipo de cosas. Hasta hoy sueño con que estoy en la Escuela Normal buscando y abriendo mi ropero, buscando mis cosas, porque vino el golpe y se me quedó todo en la escuela. Cada una tenía su ropero y todos los roperos eran con llaves. Cada una tenía su llave pero igual había mañosas que abrían roperos ajenos, sobre todo cuando llegaban las encomiendas. A algunas le llegaban cositas ricas. Algunas compartían. Y otras eran más egoístas. A las egoístas, tres o cuatro compañeras les abrían el ropero y le comían las cosas. Las compañeras de punta arenas que era Zona Franca tenían máquinas de escribir y como a mí me gustaba ser ordenada, después de que se acostaban me prestaban su máquina y allí escribía y hacía mis trabajos. Las inspectoras también eran bien parciales. Las niñas más bonitas que eran de Punta Arenas podían salir. A veces las llegaban a buscar los pololos. Había una que pololeaba con un profesor. Otra pololeaba con un profe de francés. Y había una compañera que pololeaba con un abogado, para el que la inspectora siempre tenía las puertas abiertas.

En la Escuela Normal teníamos diversas asignaturas: clase de música, técnico manual, desarrollo comunitario y economía doméstica. Me acuerdo de que el profesor nos decía: la Cándida y la Doris no sirven para dueñas de casa porque son muy desordenadas esas niñas. Dueña de casa significaba que tenía que recibir a los profesores como si fueran visitas y cocinar entrada, segundo plato, postre y poner la mesa, los vasos y los cubiertos. A veces nos ponían cubiertos demás para ver si sabías o no poner la mesa. A veces, cuando una se equivocaba,

nosotras nos reíamos en la cocina aunque no podíamos reírnos porque el castigo era lavar la loza.

Otra asignatura que teníamos era técnico manual, que preparaba para enfrentar el mundo rural y para atender a la gente. Nosotros sabíamos que en el campo la gente tiene sus gallinas y chacras pero si una llegaba a una comunidad que fuera tan humilde y no tuviera nada de eso, tenías que llegar a hacer el corralito, criar la gallina para que ponga sus huevos, todo paso a paso para llegar a tener un corral para las gallinas. Todo eso lo enseñaba el profesor de manualidades. También nos tocaba sembrar, limpiar y darles agua a los cerdos. Todos teníamos que saber de todo. También arreglar un jardín, limpiar una pecera, para que una fuera capaz de defenderse en el campo. Uno de los cursos, era cestería con el señor Catrileo. Teníamos que trabajar con mimbre: limpiarlo, adelgazarlo y hacer una mesita o un esquinero de dos pisos o una mesa de centro. También teníamos que tejer. Lo primero era tejer un ajuar para una guagua y también costuras. Hacer camisetas de popelina de esas que quedan abiertas atrás. Había que aprender a hacer el ajuar completo. Cuando nació mi primer hijo yo le hice todo, hasta mi maternal tejido a crochet, le hice dos tenidas completas una verde y otra blanca que sirvieran para hombre o para mujer, con humita, pantaloncito y chaleco y también las famosas fajas de pitillo.

Nelso

Chacao, Linao y Manao

Cuando había que empezar la práctica me llamaron y me dijeron: “tienes tres escuelas para elegir. ¿tú eres de Chacao verdad? La primera es Chacao, la segunda es Manao y la tercera Linao”. Ninguna escuela era muy lejana, así que le dije yo me voy de Chacao, ya conozco mi pueblo y quiero ir a otra parte donde pueda hacer algo, estar en contacto con otra gente y no quedarme acá. La jefa entonces me dijo: “si quieres ir a Manao, te vas para allá”. Y así, una buena mañana partí. En esa época el bus tenía un servicio bien diferente, había que caminar hartito. Lo difícil no era que te llevaran, sino que pasara algún vehículo. Había que hacerse el ánimo para caminar, nada más. Así que con gusto yo me fui a Manao. Un amigo que había salido en otra promoción me dijo: en Manao se van a necesitar profesores y por eso elegí ir para allá. Cuando llegué estaba el director al que conocían todos en Ancud, era gremialista, dicharachero, bueno para tocar el acordeón. Cuando salía saludaba a todo el mundo. Él me presentó y me entregó mi primer curso, un tercer año. Tenía que hacer clases detrás de la oficina del director, que era donde él había vivido durante siete años. Entonces al principio me sentía súper vigilado. Era un dormitorio donde ellos habían tenido su cama de dos plazas y yo ahí con los niños. Luego me dieron otra sala, pero esa sala no tenía nada: tuve que hacer desde los bancos, los asientos, la mesa, hasta las puertas de las letrinas. Eran unas puertas de mañío chiquitas.

Irene

Fui a la universidad después

A los veintiún años comencé como profesora interina, fui a la universidad después. En el año 71' me nombraron para trabajar en la Escuela N°13 de Quillaipe, pero nunca trabajé en esa escuela, es decir, el nombramiento estaba en esa escuela, pero yo empecé a trabajar en la particular N° 92 de Metri y después esta escuela pasó al Estado.

En el año 72' empecé a hacer el curso propedéutico que se hacía hace “mil años atrás” en la Escuela Normal de Ancud, durante las vacaciones. Nos faltaba cerca de un año para terminar, cuando se viene el golpe de Estado y hasta ahí llegó nuestro curso, todo quedó en cero. No se reconoció nada, perdí todo y recién en el 76' me pude matricular en la Universidad de Chile, que en ese entonces tenía la sede en Osorno, lo que ahora es la Universidad de los Lagos. Ahí obtuve mi título.

Así empecé mi trabajo de interina. Cuando me nombraron, les avisaron a los apoderados que llegaría una profesora a trabajar en la escuela. El día que llegué los papás me fueron a encontrar donde está la iglesia de Quillaipe, en ese esterito, porque la micro llegaba hasta ahí no más. Bajé del bus, me subí al bote y partí a conocer Metri.

Seguí en Metri desde el 71' hasta marzo del 2010. El día de mi cumpleaños llegó el documento del DEM para jubilarme.



Maestros que forman maestros

Marcia

De ella aprendí esto de ser exigente

Mi primera directora, cuando llegué me trató muy mal, porque ella era una persona titulada y yo no tenía título. Estaba en la Escuela de Los Pellines, y yo le pedí. Le dije: “a lo mejor yo no tengo título, pero pruébeme. Deme la oportunidad, déjeme un mes trabajar en su escuela. Si después ve que yo no le sirvo, pida mi traslado para otro lado”. Y me dejó.

Una viejita, pero era cosa seria: chiquitita, flaquita, crespita, un grito de ella... Era profesora de música y le encantaba hacer coro. Entonces yo me ofrecí para ayudarla. Yo era del coro de la catedral de acá, cantaba de muchos años y... hasta que...no sé. Me gané el cariño de la señora. Después, las primeras veces cuando me exigía planificaciones, yo era escribir y escribir, porque no sabía hacerlas, y se las copiaba a los profesores más antiguos. A lo mejor ella vio que era empeñosa, y más de alguna vez seguro se dio cuenta que yo hacía eso, pero nunca me dijo nada.

Hasta estuve viviendo con ella en su casa. Era de Río Frío, y cuando yo me fui a trabajar a la cordillera, me daba alojamiento los fines de semana, de manera que pasé a ser algo así como la hija que no tuvo. Vivía con un hijo, nomás. Mis veinte años de edad me los celebró ella en la escuela. Me hizo una comida con todos los colegas, pero quien costó todo eso fue ella, para celebrarme el cumpleaños. De ella aprendí esto de ser exigente, por ejemplo esto de tener todo ordenadito; eso me gustaba de ella. Quizá la señora era poco tolerante, de repente se mandaba una descuadrada, no sé, como llamarle la atención a un profe delante de los niños, cosa que no se hace. Pero yo veía estas otras cosas; una mujer muy ordenada, todo estaba como relojito, su escuela estaba ordenadita, era un lujo. No transaba con la mugre ni el desorden, salí “calcaita” a ella, uno imita esas cosas buenas.

Cándida

Cariño a su manera

Entré a la Escuela Normal con unos veintiún años. Los primeros tres lugares del colegio teníamos la posibilidad de dar examen. En esos años, cuando uno daba el examen estaba todo el barrio esperándote y preguntando ¿traes tu certificado? ¿qué nota te sacaste?, todo el mundo se interesaba por lo que a uno le pasaba. Yo me siento muy marcada por mi experiencia como alumna. En el colegio mi profesora me golpeaba. Una vez hasta me partió la cabeza, yo no sé si era el cariño a su manera. A veces los castigos eran distintos, por ejemplo, tienes el primer lugar pero en el acto no te lo entrego porque te portaste mal. Por eso yo de grande traté de tener ese cuidado en la enseñanza, porque uno sin querer puede marcar y esas experiencias luego te persiguen. De primero a sexto básico tuve una sola profesora que me hacía todas las asignaturas, la misma que me daba coscachos, pero que me decía que me quería mucho. Un día, después de casarme la pasé a saludar. Ella nos hacía pasar, nos daba un licorcito y nos tocaba una pieza en el piano.

También me acuerdo de la señorita Elsa, a quien le saco el sombrero. Todas las asignaturas las manejaba a la perfección. Era sobrina de un obispo, tenía otro estatus social, otro nivel. Era de castigos eso sí. A Fernando, mi hermano, lo dejaba castigado todo el tiempo. Una vez le despegó la oreja a tirones. A mi más de una vez me partió la cabeza con el anillo, el típico anillo de profesor que nunca me compré. Era una eminencia en todas las asignaturas, y yo creo que gracias a ella todas las compañeras hasta el día de hoy tenemos una caligrafía preciosa. Caligrafía que hicimos con los niños hasta que salimos. Algunos papás lo agradecen, otros lo reclaman. Pero nosotros siempre hicimos caligrafía.

Después vino la señorita Amanda que fue a hacer un reemplazo, y ahí dijo que no había visto en su vida niños más ordenados, más buenos y más inteligentes que Fernando y la Cándida. También me acuerdo de la señorita Cali. Me acuerdo de que una vez me caí y me golpeé, me acuerdo como si fuera hoy. Y ahí estaba la señorita Cali lavándome las rodillas en la pileta, haciéndome cariños, cosa que para mí era inusual, porque la relación con el profesor era bien distante, muy distante. Yo me acuerdo de que la iba a ayudar a hacer aseo, a limpiar los libros de su biblioteca. Si te llamaba la profesora, aunque fuese para hacer aseo era un tremendo honor. Una vez me quemé toda la pierna con una taza de té. Me demoré y no me atreví a decirle que tenía la pierna quemada. Me retó mucho aunque no podría ni caminar, porque mi madre me retaría y ni a la posta me llevarían. En esa época no te dejaban en casa tampoco, enfermo o no.

Nelso

Estudea, Estudea

Tuve una profesora en la enseñanza primaria, la señora Adelaida. Siempre estaba innovando, creando con distintos tipos de modelos de arte, y eso le daba la posibilidad a uno de también poder crear. En esos años a la asignatura se le llamaba dibujo, después pasó a ser artes plásticas. En dibujo, ella llegaba y nos decía: “hoy es un día especial. Quiero que ustedes dibujen este día como lo ven ustedes, pero más profundo y más soñado”. Cada uno le tenía que poner su gracia. Lo mejor que tenía era que para ella todos los dibujos eran buenos. Ahí es cuando uno le pega a la parte emocional, porque estás siendo valorado por una persona, y eso es lo que uno luego trata de llevar a los niños. Yo siempre les decía a los niños algo que es un poco del campo: “estudea, estudia, para que no seas lo que yo he sido, porque yo considero que tú tienes que ser superior a mí”

Marcia

El profesor de música

Se llamaba Sergio Altamirano. Colega mío de los años cuando yo trabajaba en la escuela Los Pellines. ¿Por qué me acuerdo mucho de él? Porque quien me advirtió que mis niños leían de memoria, fue él. Era ya un hombre con años de servicio y compartíamos sala. Él trabajaba en la mañana en esa sala, y yo en la tarde, y cuando él tenía que cumplir horario o hacer algún trabajo, me pedía permiso para estar en la sala trabajando, y yo no me hacía problema. Entonces muchas veces él me vio hacer clases y después -cuando los niños salían- me decía: “mira, no está malo, pero lo puedes hacer de esta manera, puedes dar estos otros ejemplos, puedes hacer más actividades con esto y esto otro”. Él era el profesor de educación musical. Bueno, después nos hicimos amigos. Me invitó a participar en el coro polifónico de Puerto Varas. Yo iba ahí con él. Me enseñó hartas cosas. Me decía: “puedes enseñarles tal canción, y para que aprendan tal cosa, puedes utilizar esta otra canción”. De él tengo lindos recuerdos. Murió muy joven, pero me acuerdo de él.

Eugenia

Se llamaba Rebeca Barría

Mi profesora preferida fue la que me hizo Educación para el Hogar, que se llamaba en ese tiempo, donde nos enseñaban labores y cosas de casa. Ahí aprendí a tejer, yo no sabía tejer; a bordar. Se llamaba Rebeca Barría. Era una señorita soltera, y yo la encontraba muy mamá; a lo mejor Dios no le dio hijos pero ella adquirió ese cariño, esa experiencia de querer a los demás. Recuerdo que era de Puerto Montt. Incluso mucho tiempo después me la encontré y me dio mucha pena, porque la vi muy desaliñada, y me pareció que ella tuvo vergüenza al verme. Tal vez porque la vi muy mal vestidita, y estuvimos conversando y me dijo que no le alcanzaba el dinero, que vivía con una hermana que se hacía cargo de ella y no sé, me dio pena. Ahí le pasé algo... mucho uno no tiene pero algo. Y ella como que se emocionó mucho. No la vi más, creo que murió.

Ella le hacía manualidades a todas las mujeres en la Normal, porque se dividía entre hombres y mujeres. Recuerdo que era muy acogedora. Uno podía contarle sus problemas. En esa época hablábamos de los pololos, de los novios; y ella se reía y decía bueno pero no se enamoren mucho, tienen que ser bien señoritas. Daba consejos de mamá.

Raúl

Manuel Troncoso

Un profesor que a la gran mayoría nos marcó fue Manuel Troncoso. Era profesor de didáctica general. Era un gallo fabulosísimo él. De hecho, era considerado uno de los mejores profesores de educación de Chile en aquellos tiempos. Bueno, fue exonerado lamentablemente, pero después volvió; llegó a ser Seremi de educación. Hoy día está jubilado. Era un gallo muy capo, muy capo. Y me acuerdo de él porque una vez estábamos jugando un campeonato de baby fútbol. Estábamos en segundo y jugábamos contra los primeros, y los primeros tenían buen equipo, incluso tenía un primo ahí, que venía de Valdivia. Y empezamos a jugar, y los cabros ya se creían que ellos iban a ser campeones, estuvo peleado, pero logramos ganarles. Y se armó la mocha. Se picaron. Y yo el único compadre que andaba “Por favor, corte el leseo, mira ahí están las colegas, o sea, las compañeras ¿Cómo vamos a estar peleando aquí?”. Y me acuerdo que Troncoso me sacó a un lado y me dijo “Oye compadre yo te felicito -me dijo- porque yo creo que con esa actitud tú vas a ser un buen profesor”. Siempre recordé esas palabras.

Años después se dio la casualidad que fui a unas jornadas que se hicieron en Valparaíso, en el Congreso, y de repente escuché el puro vozarrón arriba y lo caché al tiro. Era el profesor Manuel Troncoso. Estuvimos conversando mucho rato; se acordaba se mí.



A pulso

Raúl

Cuando llegué acá me puse a llorar

Cuando llegué acá me puse a llorar. Me puse a llorar, sí, porque la soledad; no vi casas. Yo era de playa, de amigos; venía de la Normal, ya adulto, 22 años, 23 años recién cumplidos, los cumplí el 8 de mayo. Y no veo na'. En ese entonces yo salía una vez al mes no más a Puerto Montt; de hecho, nosotros trabajábamos tres semanas al mes porque nos pagaban en Puerto Montt, entonces la lancha que venía el día viernes de Puerto Montt a Hornopirén llegaba los viernes en la noche y se regresaba a Puerto Montt los días domingo a las 7 de la mañana. En época de pago te ibas a pagar a Puerto Montt, te ibas en la lancha del domingo y el lunes te pagabas, pero no tenías cómo volver hasta el viernes. No había ningún medio para devolverte. Inclusive alguna vez algunos papás después insinuaron "pucha, esto no puede ser". Fueron a hablar me acuerdo con el director provincial de la época, don Hernán Ulloa parece que era, y él dijo "Nada puedo hacer yo. Si ustedes le pagan el avión, se tendrán que ir, pero si no...". Porque la otra cosa era pagar un avión, pero era carísimo pa'l bolsillo de aquella época.

Así que imagínate si un cristiano a las siete de la mañana se agravaba o le daba una enfermedad, capotó nomás aquí. No tenía cómo. O sea, aguantarse a que a pie vayan cinco hasta El varal, a mitad de camino, donde terminó el pavimento, porque después lo retomaron acá en Pichicolo. Ahí estaba el campamento militar, entonces en ese lugar podían llamar por radio a un avión para que los venga a buscar acá al aeródromo. O de lo contrario bajar al puerto, porque ahí había lanchas de cabotaje, para que la lancha lo viniera a buscar acá y lo sacaran a Calbuco. Muy difícil. Entonces, aquí habían personas que se dedicaban a...que hacían de practicantes. Don Edu Antiñirre, por ejemplo, era como el médico del

pueblo, él andaba a caballo con su maletín ahí y sus inyecciones y toda la cuestión; sacaba las muelas, y te juro que en varias oportunidades sacó la buena y dejó la mala... Pero el viejito era eso: partero, inyectaba; toda la cuestión. Pero no había practicante cuando yo llegué. No recuerdo cuándo habrá llegado practicante a la posta aquí. Yo llegué el 76, Ciro debe haber llegado...como el año 80...más o menos. Harto tiempo.

Luis

Ser profesor rural significa esfuerzo

Ser profesor rural significa -primero que nada- esfuerzo, sacrificio, sobre todo esfuerzo. Llevo más de treinta y tres años de servicio, y sigo sin entender. Cuando yo empecé a trabajar, el bus no llegaba hasta acá; el bus generalmente nos dejaba en Chaicas. Desde allá, para llegar acá a las nueve de la mañana -hora que empezaban las clases-, uno se preocupaba, porque decía: “pucha, los chicos van a llegar y van a estar solos”. Yo me venía adelante, trotando, cosa de llegar a la hora, estar y abrir las puertas de la escuela para los chicos. En cambio, hoy en día, la juventud -colegas que me ha tocado conocer-, si no tienen movilización simplemente llaman por teléfono y dicen que no van a venir: “sabe, me dejó el bus y no voy a ir”, “me duele la cabeza”. Yo no. Incluso ahora, o sea, el sentido de responsabilidad, ser responsable cien por ciento, dedicarse a lo que tú elegiste. No hay excusa en el “yo no puedo, no lo voy hacer”. Por eso digo, he tenido colegas que les he pedido “¿colega, me puede ayudar a hacer esto?” y que me dicen: “no, es que no lo sé hacer”. Si tú no sabes, averigua. Porque hoy en día hay tantas cosas, que tú vas y buscas en internet, y te las ingenias. “No, porque no lo sé hacer”, “no, porque tengo que”, “mi horario de trabajo es hasta las cuatro y no puedo quedarme más tiempo”. Esto ocurre lamentablemente en niñas jóvenes que están recién empezando. Entonces, para mí eso no corre. Colegas de repente me dicen “a ti no te van a hacer un monumento cuando te vayas”, porque uno en general es cien por ciento dedicado. Si tienes que trabajar después de clases, si se te rompió un vidrio, tú cambias el vidrio o si se te rompe una pared, tú no vas a esperar a que vengan a arreglarla...los baños. Tú tienes que hacer de todo acá: gasfíter, maestro, y eso la gente lo agradece.

Cuando nosotros llegamos, me acuerdo la primera impresión de los apoderados. Me dijeron: “nosotros pensábamos que usted no era profesor, porque vino con bluyines, y los otros profesores venían con terno”. Y yo les decía: “entonces la ropa hace al profesor”. Muchos piensan así. Yo no. Va a ser difícil que me vean con corbata. Como yo siempre fui del campo, siempre trabajé, a mí siempre me ha gustado ser como soy. O sea, la gente a veces cambia, a veces obtienen cosas en la vida y cambian, pero yo siempre me he mantenido como soy, una persona sencilla, más que nada sencilla, y la gente lo sabe apreciar.

Raúl

El internado

En el internado, los niños eran de escasísimos recursos: a pata pelá, el calzado eran botas plásticas; cuando se las sacaban te regalo el olorcito. Ellos vivían al frente. Los niños internos vivían al frente, en La Arena y en Chaihuaco, y los papás los traían a remo. Y nosotros: “allá vienen los chicos”, a recibir a los chicos. Eran niños muy, muy, muy de escasos recursos. De hecho, la pediculosis en su punto, tanto en la ropa como en la cabeza; teníamos que bañarlos, quemarles la ropa, le regalábamos otra; no se hacía siempre, pero se hacía. Los chicos eran chicos respetuosos, chicos buenos, los papás igual eran buenas personas sí, buena gente. Lo único era que no ayudaban nunca en la escuela, siempre en las reuniones de escuela, pero no ayudaban a nada; cuando venía la lancha con la mercadería aquí, la alimentación, nosotros quedábamos sin hombro descargando la cuestión, pero ellos nada.

Aquí también se cazaba el puma. El puma bajaba a comer las ovejas y el caballero le hacía unas trampas. Y de repente, se oía “cayó la leona”. Aparecíamos con toda la escuela... y la mataban ahí. Llegaba en ese tiempo el militar que estaba a cargo del CMT², venía con su revolver y “pitch”. Después la colgaban y todos miraban. Imagínate. Hoy día si hacemos esa cuestión nos vamos todos presos.

² Sigla de Cuerpo Militar del Trabajo, cuya mayor obra es la construcción de la Carretera Longitudinal Austral, materializada a partir de 1976 y en ejecución hasta la actualidad, y que se extiende desde Puerto Montt, en la Región de Los Lagos, hasta Punta Pisagua en la Región de Aysén, a tan solo 15 kilómetros de los Campos de Hielo Sur.

Marcia

El trabajo en una escuela rural va mucho más allá del aula

El profesor rural tiene que ser un profesor que se la juegue por su comunidad. Uno no puede estar centrado solamente en su sala de clase. Tú en todo momento educas, aunque haya un beneficio y te sientes y compartas un trago de chicha con la gente, tienes que marcar diferencia. No es que seas la superiora ni nada, pero eres la profesora, la que educa, y de alguna manera debes trasmitirle eso a la gente. No sé si hoy en día los colegas trabajan con sus comunidades. Yo allá formé clubes deportivos, era la secretaria del club deportivo Quillaipe, era asesora de la junta de vecinos. Después se formó el comité de salud, el comité del agua para que se formara esta cuestión del APR³ de Quillaipe, mi grupo de artesanas “Artelana” de Quillaipe. ¿Y dónde funciona todo eso?: en la escuela. Entonces, yo organizaba a la gente, pero hacía partícipe a mis alumnos. Para que vean a sus mamás, a sus abuelas, a sus tías organizadas, y que ellos aprendan de eso también.

Hoy día existe mucha ayuda para la gente cuando está organizada. Pueden llevar cursos, pueden postular a proyectos. Veinte años atrás, yo formé el comité de algueros. Cuando llegaba gente de otro lado a sacarles las algas que había en ese pedazo que era de Quillaipe, entonces yo les decía “háganlo”. Yo me acuerdo que no tenía idea, pero venía al municipio y pedía ayuda, hablaba para que me explicaran y llevaba gente. Si no era que yo me las supiera todas, pero por lo menos era la conexión para buscar redes que pudieran ayudar a la gente. El trabajo en una escuela rural -cuando uno se la juega- va mucho más allá del aula.

³ Sigla correspondiente al programa “Agua Potable Rural” del Ministerio de Obras Públicas, cuyo propósito es dotar de agua potable a la población rural, a través de la participación activa de la comunidad organizada, la que administra el servicio una vez habilitado.

Raúl

Te preparaban para eso

Yo creo que a uno lo veían como una suerte de autoridad, así como la eminencia que llegaba al lugar y que debía saberlo todo. Si había que redactar un documento, un papel, era uno el que ayudaba a redactar, qué se yo, la compra y venta y toda la cuestión, para después llevarlo al registro civil, o cualquier consulta. Incluso en la salud, pero con salud me refiero a la parte sarna y pediculosis. En lo otro uno no se metía. Porque te preparaban para eso. Y las otras cosas, bueno... saber un poco de lo que es el ganado, las aves; esta cuestión aquí, esta cosita allá, háganlo así, háganlo asá...no sé. Incluso sembrar, porque a nosotros hasta nos hacían sembrar papa, ajo y cuestiones ahí en la huerta. Entonces cuando llegué aquí éramos cinco profes. Te cuento las casas: dieciocho casas desde el sector El Cobre hasta arriba, el Río Negro. Dieciocho casas. Entonces los papás cuando llegaban, llegaban a conversar con uno planteando sus "quesos", sus situaciones -quesos les digo yo- y uno trataba de orientarlos de la mejor manera posible... ¿qué más se podía hacer?

Irene

Carretón y lancha

Cuando llegué a la escuela, estaban los apoderados esperando para darme la bienvenida. La escuela estaba sin profe y tenía casi cuarenta alumnos. Yo no tenía idea de cómo trabajar con esos cuarenta niños, y todos de distintos niveles, pero uno solita se las ingenia para empezar a trabajar con cursos combinados en una sola sala.

Tenía estudiantes desde seis hasta los dieciséis o diecisiete años incluso. Había niños que no sé cómo los habían matriculado, no tenían certificado de nacimiento, no estaban inscritos, así que tuve que hacer de todo, ir averiguando en cada familia lo que pasaba. Así fui formando de a poco mis cursos, mi escuela.

Además de las clases me tenía que hacer cargo de retirar las cosas que venían de la Junta de Auxilio Escolar. Era toda la alimentación de la escuela para el desayuno y el almuerzo. Todos los meses era lo mismo: buscaba un carretón, ahí en Angelmó porque las bodegas de la Junta de Auxilio estaban cerca; le pedía ayuda a un caballero y me embarcaba con mis cosas en la lancha. Aprovechaba los días de pago para hacer todo junto, me bajaba y me subía en Angelmó, y de ahí me iba a Metri; allá me esperaban los papás de los niños para bajar las cosas y llevarlas a la escuela. Había ocasiones en que cargaba sacos de ropa que también me daban para la escuela; cuando llegaba en la lancha, llamaba a todos los apoderados y empezábamos a repartir la ropa para sus niños y para ellos.

Comunidad



Nélida

Nosotros vivíamos en la misma escuela, al ladito

Cuando nosotros llegamos allí era mucho más rural, con suerte había luz y no en todas las casas. Recuerdo una oportunidad en que tuve en mi cocina a una niña que estaba a punto de dar a luz. Nunca había visto un parto.

Porque resulta que en mi casa había una radio –que era el único medio de comunicación que había en ese entonces, no me acuerdo como se llamaban-, pero te comunicabas con el hospital, con carabineros, con bomberos. Esas radios tenían las escuelas rurales, en vez de teléfonos o celular, que existen hoy día. Nosotros vivíamos en la misma escuela, al ladito. Entonces, llega una niña, no sé, como a las tres de la mañana. Y desde esa hora estábamos con ella, tratando de comunicarnos con el hospital. Pero a mí me llamaba la chica de la posta. Ella me decía: “mientras yo consigo la ambulancia, tú tienes que estar preparada, porque la niña es primeriza. Yo no te puedo decir en qué minuto va a nacer la guagua, pero pon a hervir agua, busca una sábana blanca, busca tijeras, ponte guantes”. Y ella me iba dando instrucciones, y mi marido iba contando cuántos minutos, cada cuánto tiempo eran las contracciones. Yo, asustadísima. Resulta que como a las seis de la mañana llegó la ambulancia. Nosotros amanecimos con esa niña en la casa. A las seis de la mañana llegó la ambulancia y la guagua nació a las once.

Marlene

Las reuniones las hacemos bien amenas, con un cafecito

Las reuniones las hacemos bien amenas, con un cafecito. Hay apoderados que vienen de lejos, porque hay algunos niños que no viven acá en el sector. Viajan, muy temprano se vienen ellos. Viajan para llegar a la escuela, y cuando vienen a reuniones también compartimos hartito y con muchos compartimos en las casas. Si hay un apoderado enfermo, voy a su casa a verlo. Cuando muere una persona, estamos ahí; pero -entre comillas- los profesores viejos. Los jóvenes, no. Yo los defiendo porque ellos no viven acá en la comunidad, no sienten lo mismo que nosotros que estamos insertos en la comunidad. Yo tengo apoderados de hace veinte años atrás, que todavía me llaman y me dicen: “ven a verme” Ya están viejitos, y todavía tengo el compromiso y los voy a ver. Tengo una apoderada de cuatro hijos maravillosos, buenos alumnos y que hoy día son profesionales. Hacemos visitas y compartimos. Eso no se da en la ciudad.

Nos duele cuando muere alguien, somos los primeros en llegar allá, al velorio, a los funerales. Si hay un velorio o funeral, mi marido me dice: “tú serás la primera en estar ahí”. Es que conozco a la gente, conozco a las familias, conocemos hartito. Conocemos todos los casos, conocemos a toda la comunidad.

Marcia

La hilandera

En una clase de lenguaje me acuerdo que una vez leímos un texto: "La hilandera". Y no me voy a olvidar nunca. Hicimos una lectura socializada, donde todos los niños leen, y yo -en la interrogación después del texto- pregunté: "¿quién conoce lo que es un telar?". En ese tiempo tenía como 28 niños. Una sola chiquita me acuerdo que levanta la mano y dice: "Yo tía". "Ya" -le digo yo- "¿y cómo lo conoce?" Y me contesta: "es que mi abuelita tenía uno y mi mamá a veces teje". Yo había escuchado por gente antigua que había entrevistado, que Quillaipe había sido una zona de tejedoras de prestigio que ganaban mucho dinero con sus tejidos -en tiempos en que no había camino- y venían una vez al año en lancha desde Quillaipe hasta Puerto Montt a vender sus productos. Y yo empecé a pensar: "qué pena más grande, la abuela de esta niña, la bisabuela de la otra, la abuela de allá, todas habían tejido a telar, y de sus hijas ninguna aprendió y las nietas menos...qué pena no conozcan algo que fue sustento de vida de esta gente".

Y ahí parte mi empezar a llamar a la gente a formar el grupo "Artelana de Quillaipe". Yo, cero pa' saber cómo se hacía un telar. Me vine al municipio, empiezo a contar este mismo cuento que yo les estoy contando: cómo no vamos a reactivar esto, es parte de nuestra cultura ancestral de toda esta zona costera...Listo. Sale un proyecto. Hay plata pa' monitora, hay plata pa' que me hagan maderas, pa' hacer telares, plata pa' comprar lana. ¿Cuál era mi trabajo? juntar a la gente y empezar a activar todo este proceso, desde la esquila de la oveja. No faltó el vecino que dijo: "vamos a ver cómo se esquila la oveja, cómo sacan la lana, cómo hay que lavar ese vellón, como se hila". Se trabajó mucho

tiempo, fuimos dos veces al Exposur de Santiago, por ejemplo, con tejidos de Quillaipe.

Después ¿quién nos empezó a comprar todos los tejidos? Douglas Tompkins. Pagaba muy bien. Entonces mi trabajo era de supervisar, yo era como la de control de calidad: “no, no, no. Esta hebra está fea, esto no se vende” qué sé yo; esa era mi pega.

Pero en ese proyecto ¿qué hacía yo? Hice partícipe a los niños del proyecto mirando a sus mamás. Por ejemplo, todo el teñido de las lanas se hacía en la escuela ¿Quiénes buscaban ramas, quiénes buscaban esto, los musgos? Los niños. Ya una vez que las mamás estuvieron andando con ventas, yo dije: “hasta aquí acompaño, ahora me dedico a mis niños, y empiezo exactamente el mismo proyecto con mis niños de la escuela”. Por ejemplo, hice un taller de producción de textos. Todo lo que los niños escribían era en base al telar, lanas, ovejas, campo... eso. Alguien me enseñó a dibujar en Paint. Buscaba, hacía un hojita cuadriculada, entonces en Paint diseñábamos lo que nosotros después íbamos a bordar en el bolsito supuesto que sus abuelas y mamás iban a hacer, entonces ellos dibujaban. Ahí mismo también dibujábamos las piezas de un telar. En matemáticas, resolución de problemas: “si una oveja te da, no sé, cinco kilos de vellón ¿cuántos vellones tendré en 100 ovejas?”. Y todo era relacionado con la medida de los palos del telar, qué pasa con el sistema métrico, con las medidas.

Nelso

Cariño sincero

En la comunidad tuvimos muy buenos vecinos. Llegamos ahí como cabros chicos, aprendimos a querer la tierra y no tener miedo a ensuciarnos. Aprender a quererla hasta el grado de necesitarla. Si no estamos hoy en el campo es porque nuestros hijos no nos dejan, porque dicen que ya no estamos en edad para estar en el campo. En el campo tú no descansas, aunque estés jubilado, siempre hay algo que hacer.

Yo creo que ese cariño por la tierra y por el mar viene por el hecho de que había que subsistir, de tener tus cosas cuando uno es joven. El aprender a mariscar. Mi papá nos mandaba carne, porque no nos alcanzaba para comprarla, pero si queríamos podíamos comer mariscos todos los días, almejas, choritos. El vecino, don Lucho, decía: “venga por acá maestro Cárdenas, así se mariscan las almejas”.

Con las siembras, al principio nos hicieron lesos, porque uno al principio paga el noviciado en todas partes, eso es lo de menos. Cuando llegaba la época de siembra, la vecina nos decía “vecino, acá están los bueyes, lleven la carreta si quieren”. Si no nos hicimos un tremendo caserón en Manao, fue porque no quisimos nomás. La vecina nos decía “allá está el monte, es cosa de ustedes, si ustedes quieren hacerse una casa, ahí está la madera, vayan, busquen, saquen... el monte es de ustedes”. Si yo comparo mi vida en el campo en Manao, con la vida en el campo con mi padre, donde había que trabajar obligado, lo hacía con rabia. Mi papá era un hombre bruto, le gustaba culturizarse con los diarios y la radio, pero si me veía leyendo mucho, le molestaba, porque yo tenía que trabajar.

En Manao yo trabajaba en la tierra con gusto y eso creo que me quedó de la gente de allá, y nunca tuvimos un problema con la comunidad. Yo creo que lo que más puedo rescatar, es el amor a la tierra y el amor al mar porque cuando a uno le faltaba algo, siempre había una vecina, que preguntaba “ya ¿qué quiere sembrar?” “Toma, aquí hay semilla” ¿Y cómo se planta? “Se planta así, se planta asá, de esta manera”. Entonces esas cosas son las que más rescato. Y el cariño sincero. Cuando uno se da cuenta de la llegada que tiene con la gente, cuando va a algún evento, cuando tú te das cuenta de que es un saludo sincero y con cariño. Eso uno lo percibe.

Nélida

No había posta, entonces todos recurrían a la escuela

En otra oportunidad había un señor gritando afuera, y yo entendía que decían: “¡colación! ¡colación!” Entonces preparé un pan con cecina, lo envolví y fuimos con mi marido a dejarlo afuera del portón. Y resulta que la persona estaba toda cortada, y en realidad decía: “¡curación! ¡curación!” Porque en ese tiempo no había posta -eso fue antes de la guagüita-, entonces todos recurrían a la escuela. Todo era ahí, todo funcionaba en la escuela. De hecho, el dentista atendía allá también; yo le pasaba el living de mi casa y él atendía allí. La abogada cuando empezó este programa de...algo de leyes... ¿cómo se llama?... iba un abogado a la escuela para ver los problemas que había en el sector. Ellos también atendían allá en mi casa. Y después de clases, la escuela también estaba abierta para los niños, había mesa de ping pong, y ellos podían estar jugando de día o de noche. Se hacían las reuniones, todas la reuniones. Cuando empezaron a llegar los evangélicos al sector, ellos también nos pedían la escuela. Entonces, había de todo allá. La escuela siempre estuvo abierta a la comunidad, sin límites. En el verano y en el invierno.

Marcia

Fiesta

Recuerdo cuando hacía beneficios en esa escuela sin luz. Yo me compré en Abastible, la tienda que hoy es Abcdin parece, un tocadiscos a pilas. Era una maletita. Ese era el equipo para hacer una fiesta en plena cordillera.

Se iba a buscar a los carabineros a Río Frío, que queda acá arriba. Cañitas pa' acá, Llico, empiezas a subir, subir la cordillera pa' l otro lado, en Coloso, porque los tractores podían llegar cerca de la escuela, y se iban a buscar carabineros para darle más formalidad al beneficio.

Y empezaba el baile. Ellos bailaban todos de mantas, no se sacaban sus mantas y sus botas de goma, bien aletia'ó. De eso me acuerdo, morená, morená de quince años, morená... esa era la música de ese entonces. Se empezaban a terminar las pilas, y el disco empezaba a andar como lento...Listo. A cambiarle las pilas. Así se juntaba la plata de los vidrios de mi escuela.

En una ocasión, yo estaba en el bar, que era un mesón de madera. Entonces, para este lado estaban las chuicas -en ese tiempo no había vino en caja-, y yo era la encargada de recaudar el dinero. Cuando en una de esas ¡veo que se arma la pelea! Porque uno de los carabineros, con un par de tragos, parece que le estaba mirando mucho la polola a un lugareño, y veo en la sala -que era una tremenda sala de clases- la gorra del sargento volando. Debajo del mesón y adelante, había puras chuicas, y yo estaba casi de guata ahí al lado de las chuicas, debajo de ese mesón. Qué susto más grande, dios mío.

Luis

El primer año que llegamos nadie nos quería vender leña

El primer año que llegamos a vivir acá, nadie nos quería vender leña. Imagínate que está lleno de leña por acá, y nadie nos quería vender leña, porque estaban acostumbrados a otro sistema, a otros profesores. Entonces, bien simple: me traje una motosierra, supe que esa cuestión era fiscal por allá arriba, y me fui para arriba. En ese entonces trabajábamos hasta las dos de la tarde. Y me fui a botar leña todos los días después de las dos. Saco al hombro y partía. Hacía hasta siete viajes todos los días. La gente al año siguiente se peleaba para venderme leña, pero a ninguno de ellos le compré. Le compré a un apoderado que trajo un niño de Barquita, del Estuario. Él tenía lancha, y a él le compré.

Pienso que esto fue porque llegamos con la mentalidad de exigir, y a la gente eso no les gustó. Los profesores anteriores no hacían clases, hasta que los echaron. Después llegamos nosotros y les exigimos. Entonces: “¿cómo le van a dar tareas para la casa?”. Ahí chocamos. En esa época habían veinte niños internos, y el primer día que llegamos y los despedimos a todos, la mayoría vivía por acá cerca, entonces el internado existía de puro nombre, porque los niños no se quedaban. De manera que informé a los superiores, con un reservado, de lo que estaba sucediendo: que la comunidad no aguantaba que a los niños se les diera mucho trabajo, etcétera. Así que al final citaron a una reunión a la comunidad, autoridades, gobernador, alcalde, y expuse la situación delante de todos, y que si no les gustaba, que me cambiaran.

Entonces qué pasó ahí: las autoridades dijeron que si la misma comunidad había pedido cambiar a los profesores porque veían que no había un proceso de enseñanza acorde a los chicos, entonces, les dijo: “¿en qué quedamos? ¿a quién quieren que les traiga?”. A partir de ahí, nos apoyaron cien por ciento. De a poco

las personas empezaron a aceptar...y ahora, después de veinticuatro años prácticamente acá, ya soy un líder en la comunidad.

Nélida

Funeral

Tampoco me perdía funeral. Iba con los niños al funeral, porque igual era gente conocida. Recuerdo que en una oportunidad no llegó el cura, y tuve que sepultarlo nomás, y hacer la ceremonia. Entonces tomamos mi biblia -tenía un manual que me había regalado mi mami donde habían oraciones para difunto- y busco una oración: “¡repitamos todos!”. Había que salir del paso, qué ibas a hacer con tu muertito, lo ibas a tener todo el día ahí si el cura no llegó...La profesora tenía que apechugar, nomás. Me acuerdo que cuando venía de regreso, me encontré a un amigo y yo venía leyendo, y me detiene y me dice: “¿y tú por qué vienes leyendo la biblia?” y le respondo: “no, si vengo viendo si estoy bien o mal”. Muchas historias como esa.

Marcia

Las doce del día

Llico era un asentamiento campesino. Ese fundo lo habían tomado para la reforma agraria, y lo parcelaron. Estaban todos los parceleros, y dentro del fundo quedó la escuela. La escuela era fiscal, no era una escuela particular, pertenecía a la comuna de Fresia, pero estaba dentro del fundo. Tenía su espacio; seguramente el mismo dueño dejó un pedacito de terreno para que funcionara esa escuelita ahí.

Me acuerdo que un día mi papá me trajo una campana. Él trabajaba en los barcos, era mecánico de barcos. Y se trajo una campana, una campana grande, de esas que tienen los barcos. Y esa campana se tocaba en la escuela a las doce del día, de lunes a viernes. La escuela estaba en una altura. En todo el bajo, en todo el valle, se escuchaba las doce del día. Los campesinos escuchaban el campanazo y se iban a sus casas a almorzar. Mira lo importante. Y la campana la tocaba una alumna sorda que tenía. Escuchaba las vibraciones seguramente, y ella estaba pendiente de mi reloj para ir a tocar la campana a mediodía.

Raúl

A uno lo hace la experiencia

Yo siempre digo: podrá ir un cristiano a la universidad, entró con un 7 y salió con un 7, pero en la cancha se va a ver si es buen profesor o no. Porque uno puede salir con un 7, pero a uno lo hace la experiencia y la vocación que uno adquiere. Mucha gente a lo mejor al principio va reticente, a lo mejor fue lo que le alcanzó el puntaje, pero después se da cuenta que le gusta la cuestión, se prepara para ello y trabaja a consciencia. Y eso es una cosa de verdad, a uno lo hace la experiencia, la experiencia te hace, bueno, ir conociendo cosas; cosas y casos. Aprender de muchas situaciones.

Cándida

Donde las papas Quemán

En esa época, preparamos a los niños para diferentes eventos, por ejemplo en teatro. Yo pertenecía al grupo de teatro en la Escuela Normal. Y dentro de esas preparaciones también estaba educación física. Cuando llegué no podían creer que hiciéramos educación física en la pampa. Pescábamos los implementos y los llevábamos. Estaban asombrados de que la profesora se pusiera pantalones cortos y comenzara a hacer gimnasia, no como esos colegas que dirigían con las manos en los bolsillos. Teníamos que estar donde las papas quemán, ser artífices de las cosas y no andar escondiéndonos. En una época en que era un poco complicado y políticamente incorrecto, yo ayudé a crear la junta de vecinos en Manao, y para eso anduve de casa en casa. Luego vino el centro juvenil, el comité de iglesias, la posta rural, entre otras iniciativas. Igual uno nunca es querido por todos, si bien algunos agradecían los adelantos, había algunos pocos que criticaban.

Nelso

De cierto

En nuestra formación siempre nos dijeron que uno tiene que “ser de cierto”, un ente que guía la comunidad y la haga surgir. Si uno está ahí, debe tratar de nivelar hacia arriba y no hacia abajo. En este trabajo social nos ayudó mucho el haber pertenecido a la juventud de estudiantes católicos, porque esa experiencia nos enseñó que hay que estar donde las papas queman. Que donde uno estuviese, hay que tratar de ser los mejores siempre, aunque las situaciones y las condiciones sean básicas. Por eso, luego estando en su comunidad, donde se necesitaba muchas cosas, uno se da cuenta que si se organizaba podía hacer beneficios. La escuela era la sede para hacer todo tipo de beneficios. Luego había que pasar dos o tres días haciendo aseo y con las ventanas abiertas para que se vaya el olor, porque la fiesta era hasta el amanecer.

Cuando llegué a esa comunidad tenía veintiún años. Y algunos alumnos tenían dieciocho y diecinueve años, en séptimo y octavo básico. Había una convivencia, sin que nos faltasen el respeto. Por ejemplo, hacíamos equipos de basquetbol; hacíamos equipos de un curso, y se mezclaban alumnos con profesores. Nunca un alumno le faltó el respeto a un profesor, ni “se picó” porque le quitaron la pelota, había un respeto tremendo.

Irene

Curanto al hoyo y todos de paseo

Siempre me gustó trabajar en el sector rural porque conversaba con otros colegas, de allá de la ciudad, y los chicos nada que ver con los del sector rural, ellos siempre fueron más respetuosos, amables, cariñosos, al igual que las familias. Por ejemplo, nosotros en diciembre con los chicos, con los más grandes, siempre hacíamos curanto al hoyo. Íbamos a mariscar con los niños, íbamos todos: los apoderados, las familias completas, y hacíamos un curanto para todos los de la escuela. Después empezamos a organizarnos para hacer un paseo a fin de año, porque los niños nunca habían salido de Metri.

Hicimos muchas cosas juntos, y todo ese trabajo permitió que los niños conocieran el cine y también los llevamos cuando llegó el museo interactivo. Para todo nos organizábamos con los apoderados. ¿Sabes lo que hacían los apoderados?: compraban corderitos y chanchitos chicos y los criaban, los engordaban; luego, los carneaban en diciembre y nos íbamos todos de paseo. Se trataba de gente humilde, super respetuosa, para ellos en esa época el profesor era lo máximo en una comunidad, como cuando llegaban los curas a hacer la misa, una cosa así. De a poco se fueron integrando a la escuela y yo estoy muy contenta de eso.

Trabajo y vida



Raúl

Abril y Yani

Una cosa que me marcó mucho. Yo tenía una alumna ya en octavo año que se llamaba Abril Huilquiruca Yañez. Esa niñita era de la isla Llanquín y estaba en el internado; en aquella época ya era un internado mejor. A esa chiquita le dio una bronconeumonía... un resfrío fuerte, fuertísimo. La vio Enzo, que era el único practicante que había, y le dijo que no se moviera, que quede tranquila en cama. Y vino el papá y se la llevó, y la niña murió; murió mi alumna en Llanquín. Tuvimos que ir en lancha al velorio, al funeral, en una lancha chiquitita con todos mis alumnos de aquí, a la isla. Y esa cuestión me dio mucha pena. Una chiquita que aparte era muy buena alumna. Tuve otro niñito que también murió por un resfriado fuerte: Yani Montiel, también era un excelente alumno. Ese chiquito, me acuerdo siempre, lo velaron encima de la mesa allá. Casos que...sí, son duros.

Nélida

Dejé mucho de lado a mi familia

Lo único malo es que dejé mucho de lado a mi familia. Si volviera a nacer, volvería a ser profesora. Pero quizás haría lo que no hice: separar un poquito, no entregarme tanto, o entregarme, pero sin dejar de lado a mi familia. Nunca fui a una ceremonia de mis hijas. Mis hijas hasta el día de hoy me lo sacan en cara. La mayor jugaba vóleibol; con suerte fui a las reuniones, por supuesto, y a las licenciaturas, todo lo que se hacía en la tarde. Cuando se fueron al otro colegio, nunca recibí una flor del día de las madres, por ejemplo. Nunca pude ir a sus actos, porque yo estaba haciendo el mío para las mamás de mi escuela. Eso es lo único. No puse límites en lo que era la escuela y mi casa; debería haber sido un poquito más separado, pero igual fue bonito. Todavía siento el cariño de la gente.

Irene

Arreglé mi bolsito y partí

En mi vida había escuchado el nombre “Metri”. Yo decía: “Metri, Metri, qué será Metri, dónde estará Metri”. Un día el jefe me dijo “si no es tan lejos, allá la van a estar esperando los apoderados cuando usted llegue en el bus mañana”. Y así fue. Arreglé mi bolsito y partí. Tomé el bus de Santiago Olavarría que hacía el recorrido para allá, me dejó en Quillaipe y ahí me esperaban los apoderados en una lancha. Recuerdo esos viajes, porque los viajes te marcan. Yo nunca antes me había subido a una lancha, a un caballo menos, pero cuando estaba malo el tiempo no se podía ir en lancha, así que un apoderado me llevaba a caballo hasta el bus. Yo pensaba que el caballo me iba a botar así que me iba bien agarrada del apoderado.

Lo que más recuerdo es la impresión cuando llegué. Tanta soledad, tanta pobreza que vi, tanta gente humilde. Pero a la vez muy cariñosa, porque la gente no tenía cosas pero iban a mariscar y lo que tenían lo compartían conmigo: “señorita ¿quiere comer marisquitos hoy día?” Y me pasaban a dejar lo que tenían a la pensión.

Tomaba la pensión donde la señora Feli, que vivía arribita de la escuela. Y venía a Puerto Montt solamente para el día de pago, estaba todo el mes en Metri. Así estuve hartos años. El día de pago era un día en donde se cerraba la escuela, estaba autorizado, salía en el reglamento. Por obligación uno viajaba el día antes, después de clases en la tarde. Uno se pagaba al otro día en la mañana y se tenía que regresar a la escuela, pero si había que retirar el alimento uno se quedaba por obligación otro día, porque en un día no se alcanzaba a hacer todo.

Nélida

Mamá ¿dónde están las medias?

Los conocimientos, o lo que les faltó, los estudiantes lo pueden buscar en internet, lo pueden buscar en una enciclopedia, pero los hechos de vida, lo de ser persona, eso no lo encuentras en ninguna parte, eso no te lo enseña ninguna universidad, eso solamente te lo enseña el hogar y lo fortalece la escuela. En la escuela donde yo trabajé se notaba porque era más chica, entonces éramos como una familia.

En una oportunidad, tuve todo el verano a una niñita que la abandonó su mamá. La tuve en la casa, no había límites. Mis hijas recuerdan que en una oportunidad ellas se querían poner sus ballerinas para ir al colegio, y cuando llegaron, me preguntan: “¿mamá donde están mis medias?”, les digo “ah, lo que pasa es que se las di a la Anita porque vino con unas medias rotas”. Entonces, no importa que a mis hijas les faltaran, porque yo sabía que a ellas les podía comprar, pero la niñita que venía sin nada, no podía. Yo les sacaba hasta los piojos, los llevaba a la casa, los bañaba, les sacaba los piojos, tenía Lindano. Igual después cuando llegó la psicóloga, me decía que tenía que dejar el rol de mamá.

Y con estas niñitas que tenían problemas de aprendizaje, qué hacía: las dejaba repitiendo lo más que podía. Porque yo sabía que si estaban conmigo estaban protegidas. Después iban a salir al sistema y no iban a poder, o quizás iban a estar más grandes e iban a poder defenderse. Pero si las sacaba más chicas... Porque el concepto de repitencia que yo tengo es distinto del que te puede dar el sistema. Yo digo que un niño repite cuando es capaz de salir adelante, sino solamente lo trauma, pero estas niñitas yo las hacía repetir para que no se vayan tan pronto afuera; yo sentía que conmigo estaban seguras.

Eugenia

Algunos niños la paz la encuentran en la escuela

A mí me costó mucho, nadie llega a ser profe sabiendo todo. Yo trabajé en un lugar rural y de gente humilde y aprendí que la soberbia y el orgullo no sirven de nada. Hay que ser humilde y hablar con ellos y meterse en sus problemas porque yo creo que algunos niños la paz la encuentran en la escuela. Uno tiene que ser mamá siempre. Yo fui muy estricta, era una profesora que le gustaba que los niños aprendan. Pero a la vez creo que les entregaba cariño y eso parece que algunos de ellos lo recuerdan. A veces me encuentro con alguno de ellos; han cambiado físicamente y me conocen. De hecho, unas semanas atrás me encontré a una niña y me dijo “señora María Eugenia” y yo le dije disculpa no sé con quién hablo. Me dijo: “pero no se acuerda de la Glenda Millán, estoy en Punta Arenas. Usted está igualita” Y así. Incluso para la Pascua, Año Nuevo, me mandan saludos por esa famosa maquinita, aunque no los vea.

Raúl

Safari

Cuando llegué acá, llegué a la casa del oficial del registro civil. Ahí estuve como un mes. Después me vine a este lado cerca de la escuela, porque la escuela estaba donde está el liceo hoy día. Ahí tomé la pensión donde Lorenzo Oñate, un profesor que estuvo trabajando aquí hasta el año 1978 o 1979, de ahí se fue a Hualaihué Estero, cerca de donde yo estoy trabajando ahora, y luego a Futaleufú; donde jubiló el año pasado. Y después... me fui a la escuela vieja, que tenía una oficina y tenía además me acuerdo un mapa bien grande, de esos que se cuelgan. Entonces estaba la mesa, el escritorio, mi ropa, y atrás estaba mi cama, y tenía un calentador. El mapa era mi separador de ambientes. Y ahí comía ahí también, uno se preparaba, por supuesto, en la cocina de la escuela. Ya después me las di de carpintero. Arriba estaba el internado de los niños, el internado viejo, entonces en una esquina hice una pared, una muralla con una puerta, entonces ya podía dormir arriba. Ahí estuve mucho tiempo diría yo, hasta antes que me casara. Cuando quedé más solo, cuando el internado ya no existió más me fui porque igualmente esa cuestión era una insalubridad. Así que, pa' no estar solo en esa escuela, me vine con mi señora a arrendar a una casa acá al frente donde está la municipalidad, que ya no existe esa casa.

Tiempo duro, o sea, el hanta, los ratones, cuánta cosa. Afortunadamente nunca nada. Aunque no me lo crean, arriba la Caritas Chile entregaba la leche, la harina tostada, la harina, el aceite en lata y todo eso en bolsa de papel. Lo único que venía en saco era un arroz café, no me acuerdo cómo se llamaba. Así que los ratones era su salsa. Yo una vez a la semana mandaba a los más capos, y yo les decía: "chicos, safari hoy día". Sacaban sus palos los chicos, se encerraban la tarde

en la bodega y pasaban a matar ratones: cuatro o cinco ratones. Oye, pero ¿Y tú crees que alguno se enfermó? Ahí los ratones bailaban al lado nuestro.

La otra cosa era el baño. ¿Cómo me bañaba yo los fines de semana? Porque aquí no había ducha, no había nada. El pozo negro estaba por allá como a cincuenta metros de la escuela. Yo hervía agua en un perol, un perol de colegio, ahí en la estufa. Un cuarto de hervor de agua, lo subía y le echaba unas jarras de agua fría para que se tempere. Por supuesto, cerraba las cortinas de la cocina. Ahí no se veía nada por este lado. Subía y dejaba amarrada una manguera entre medio de la oreja del perol, entonces “ufff” [succión]... y...ducha tibia.

Cambios



Marcia

Ahora la gente ya ni anda a caballo

Yo creo que el sentido de la escuela ha ido cambiando. En su tiempo, tiene que haber tenido mucho sentido, mucho valor en las comunidades, por una cosa tan lógica como es que el polo de desarrollo de una comunidad es la escuela, y eso se ha ido perdiendo cada vez más. Porque desgraciadamente, en la mayoría de las comunidades rurales, va quedando gente mayor. Los hijos crecieron, se fueron; hay muy pocos niños en las escuelas rurales. Además, estas comunidades rurales -por más apartadas que sean-, se han ido poblando, pero por esto de fines de semana, que ya dejaron de ser tan rurales.

Yo recuerdo que cuando llegué a Quillaipe, no estaba pavimentado para allá. Y en veinte años, vi árboles chiquititos y los vi crecer. Y empezaron a pavimentar y se perdió la esencia. Qué increíble el adelanto. Pero se perdió esa magia que tenía este camino, con sus baches, con el polvo, que cuando empezaba el tiempo bueno veníamos como unos berlines, y en invierno todos embarrados porque la micro quedaba en pana y tenías que bajarte y meter las patas al barro. Se perdió esa esencia de campo. Es que para mí esto tenía su magia, tú veías, no sé: la carreta con los bueyes, el vecino que se iba a caballo al negocito que quedaba un kilómetro más allá. Y ahora la gente ya ni anda a caballo. Los vendieron, o no tienen herraduras para andar en el pavimento, no sé, pero algo pasó. Se empezó a poblar y esto se perdió, ese misterio que había. Cuando empezaron a pavimentar -por ejemplo- arbolitos que yo vi crecer por años se perdieron porque tuvieron que botarlos para ensanchar el camino para hacer el asfalto. Por un lado, qué bueno que tengan camino pavimentado, pero por otro lado, se perdió todo eso. Los niños que podían haber estado en esa escuela, se empezaron a ir a la ciudad.

Raúl

Una escuela de alerce mirando el mar

Era una escuela toda tinglá y techá en alerce, mirando hacia el mar. Tenía una chimenea larga, y tenía dos salas de clases grandes. Entrabas, y tenía un patio cubierto, tenía la entrada del martillito aquí, tenía como un martillo, el otro signo de dirección y las dos salas acá. Y al fondo estaba la cocina. Eso era. Y había una escala para subir al entretecho donde estaban los internados, porque en el entretecho, en el fondo, estaban los internados. Claro, pero ya estaba deteriorada con el tiempo. Al lado estaba el retén de carabineros, que se levantó para el 73'. Y algunas dependencias de esa cuestión también las usábamos de sala de clases. Después cuando se creó el famoso PEM⁴. Con empleo mínimo fuimos agrandando: agrandamos la cocina para atrás, el comedor, con aportes de los papás, tejuelas sobre todo; y el PEM pagaba los maestros. Y ahí fuimos agrandándonos un poco. Y en el retén en primera instancia teníamos como dos salas de clases. Al menos cuando yo llegué, el año 76', me tocó hacerle clase a un quinto y sexto año si no me equivoco; por ahí tengo la foto de los chicos. El año 77' ya tomé primero básico; de ahí tengo alumnos que llevé de primero a octavo, por ejemplo, Fabián Altamirano, el que es el profesor encargado en la escuela El Manzano. A él lo tuve desde primero básico. Octavo creo que lo fue a hacer a Puerto Montt. Sí, porque todavía no teníamos octavo nosotros.

⁴ PEM, sigla de Programa de Empleo Mínimo. Refiere a un programa gubernamental de absorción de mano de obra que se desarrolló durante prácticamente la totalidad del gobierno militar, desde 1974 a 1988.

Marlene

En ese entonces acá no había la televisión

Mucho ha cambiado, desde que yo me inicié, treinta y siete años atrás, hasta ahora. Treinta y siete años atrás teníamos alumnos más pasivos, más tranquilos, apoderados un poco más comprometidos. Hoy en día, la juventud, los niños, están en otra. Bueno, todo este mundo de la tecnología, los celulares...cuesta un poco ahora empezar a hacer la clase, ordenarlos, que te pongan atención. En ese entonces acá no había la televisión. Hoy día todo el mundo, todos nuestros apoderados tienen cable. Antes no había tanta cosita que le llamara la atención a los alumnos. Los celulares...hoy día todos los alumnos tienen el celular, y los más últimos, modernos, que los profesores muchas veces no tienen.

Entonces, el niño ya está cambiado. Saben las normas, saben las leyes; usted no le puede ni gritar ni llamar mucho la atención, porque ellos saben cuáles son sus derechos. Bueno, ellos hablan mucho de sus derechos, pero no tanto de sus deberes.

El apoderado ha cambiado también. Hoy día la gran mayoría los apoderados trabajan acá en esta empresa. Se da mucho que las mamás también trabajan, porque la empresa tiene crianza de terneros y las mamás trabajan en eso -no toda la temporada- pero la mayor parte del año. Y eso hace que el apoderado no venga a la escuela; muchos de los apoderados hoy día llegan a dejar a los alumnos en marzo y no los vemos más. Cuesta mucho traerlos. Trabajan, y para ellos la prioridad es su trabajo, porque no les dan permiso. Y los niños...están poco comprometidos con su educación, les da lo mismo. Tienes que luchar mucho, trabajar mucho, hablar mucho con ellos. Hablarles, decirles lo importante que es estudiar, por qué hoy día tenemos que tener a lo menos un cuarto medio. Yo les digo "queridos alumnos, ni con cuarto medio es suficiente, ustedes tienen un

mundo, todos pueden llegar a la universidad. Todos. No se necesita plata, sino que se necesita inteligencia, estudiar, ser comprometidos y todos ustedes pueden”.

No hace mucho yo traje dos exalumnos. Una que está ingresando hoy día a leyes, que va a ser abogada y otro que está estudiando ingeniería. Los invité para que cuenten un poco su experiencia y los motiven a ellos también para seguir estudiando, para que se comprometan.

Raúl

Hoy día ya no

Siempre recurrían al profe. Por eso también existía un buen respeto por el profesor, cosa que hoy día ya no. Hoy, por todo lo que sucede, terminas en tu escuela, te vas y te encierras en tu casa y que nadie te moleste. Pero antes uno compartía mucho más con la gente de la comunidad, porque ahí, pucha, salías, te invitaban a tomar mate, que aquí, que allá, el torneo de fútbol; esas cuestiones. Hoy día ya no. Los profes todos motorizados pescan su auto, salen y se acabó. Incluso uno mismo con los niños: un super cuidado, independientemente que yo no sea pedófilo ni ninguna cosa, pucha los niñitos te abrazan pero uno tiene clarito que un ratito y sácalos, porque un maldadoso saca una foto, te acusan y se acabó el tema.

Entonces, hay muchas cosas que el profesor ha perdido. La dignidad se ha perdido bastante, lo mismo el respeto, sobre todo en las ciudades. Complicado. Yo creo que todos nos equivocamos, o sea, nosotros somos los que menos deberíamos equivocarnos, sobre todo en la formación de un niño, igual de repente podemos cometer un error; sí, lógico, somos seres humanos. Pero a uno no se le perdona nada.

Nélida

A la esquinita y te fuiste con trigo

Los niños ahora son súper diferentes. Es que igual los niños han cambiado, cuesta mucho más motivarlos. En el campo, en el sector donde yo trabajaba, todos los niños tenían ese concepto de que eran mal mirados desde afuera, desde la ciudad, entonces tú hacías que su autoestima mejorara, para que cuando lleguen a la escuela de la ciudad, no se los coma el sistema. Tú tenías que trabajar mucho en eso, y ellos se creían el cuento, tú tenías que tratar que se creyeran el cuento para que no se los comiera el sistema después. Ellos tenían ganas de aprender y eran mucho más activos y más interesados en salir adelante que los alumnos que tengo hoy acá. Y podría ser diferente, porque tienen otros medios, o tienen más capacidad, pero cuesta mucho más motivarlos, sus intereses van cambiando.

Hoy día les estaba contando a mis alumnos cómo aprendí a manejar el computador. Yo les contaba que mi hija me colocaba la mano así, para que pudiera dirigir el mouse, entonces ellos me quedan mirando y se ríen, porque para ellos es normal, ellos nacieron con eso, entonces yo les explico, y me quedan mirando con sus ojitos. Nosotros ahora, con la tía psicóloga, tenemos un papel conductual en la sala. Entonces hoy día en clase estábamos viendo los aztecas, y veíamos cómo un papá castigaba a su hijo echándole humo de ají en los ojos, entonces yo les decía que esto sucedía antes. En mis tiempos, a los niños se les castigaba hincándolos de rodillas, hoy día con suerte estamos con carita roja si te portaste mal y carita verde si te portaste bien, para que tú veas cómo también van cambiando los sistemas de castigo. Porque hoy tú no tocas un pelo. Lo máximo que podemos hacer es ponerle una carita roja. Antes era un charchazo y

punto, o “a la esquinita y te fuiste con trigo”⁵, decía mi mami. Yo, afortunadamente, parece que era muy buena alumna, porque nunca recibí ese castigo, pero sí le pegaban a los niños. Ahora no, somos tan dulces que le ponemos caritas para no echarlos a perder, porque les podemos dañar la mente.

⁵ Refiere a una práctica de castigo, consistente en obligar al niño a hincarse en un rincón, poniendo sus rodillas sobre un montón de granos de trigo, posición que debía mantener durante un período variable de tiempo.

Marlene

Nos estamos quedando sin alumnos

Nosotros nos estamos quedando un poco sin alumnos, porque ellos están insertos acá en este fundo, donde los dueños son una empresa agrícola extranjera, que han puesto mucha maquinaria. Tienen todo lo que es el campo, no necesitan mano de obra. Entonces hoy día los trabajadores van migrando a la ciudad, y tenemos muchos, muchos, muchos alumnos que se han ido. Esta era una escuela con trecientos alumnos, y hoy día tenemos noventa. Una escuela maravillosa, una construcción maravillosa, construida pensando en esa cantidad de alumnos. Ojalá en un par de años más no sea un elefante blanco. Pero la gente se va, y se cambia a la ciudad por lo mismo. La empresa no necesita que viva gente acá. Ellos traen, tienen mucha prestación de servicios, entonces no necesitan que les vengan hacer la pega de fuera. No se comprometen, entonces eso hace que la gente se vaya a la ciudad.

Raúl

Hoy día es como más frío

Ese sentido más familiar, más cariñoso entre nosotros mismos, los alumnos. Yo creo que hoy día es como más frío, me da la sensación, no sé. Por ejemplo, nosotros nos conocíamos prácticamente todos, independientemente primero o segundo año, éramos todos. Yo creo que ahora tú ves uno de primero, otro por allá; ni se conocen algunos cabros. Sí... era bonito.

Cándida

Dependencia

La malla curricular de los profesores hoy día tiene muchas falencias, por supuesto tienen ventajas en todo lo que es tecnología y la manejan muy bien. nosotros los primeros computadores los tratábamos con tanto cuidado por temor a romperlos y me costó mucho meterme en la tecnología. Pero también veo que los profesores de ahora son demasiado dependientes de la tecnología. yo no me imagino a un colega joven teniendo que hablar una hora sin tener un apoyo como un power point.

Yo creo que las mayores diferencias entre las nuevas generaciones y nosotros no están al nivel de los contenidos, porque probablemente los profesores jóvenes de hoy manejan los contenidos, pero le falta más formación en términos personales y del manejo de los niños, y por sobre todo el sentido de la responsabilidad y los compromisos. Yo nunca recuerdo que algún colega de los más viejos faltara sin avisar. Y cuando faltaba, dejaba todo listo y preparado. En cambio los colegas más jóvenes a veces no llegan a la escuela y no dejan preparado el material. Les cuesta mucho cumplir y entregar las planificaciones Rosita una colega que es jefa de UTP tiene siempre que ir a mirar las clases. yo no sé si será un tema generacional o son casos puntuales. Hay algunos que complementan las habilidades y destrezas con tecnologías, pero hay otros que son muy dependientes de ellas.

Con los años hemos notado cambios bastante fuertes en el sistema de evaluación, ya que hoy la obligación es prácticamente tener que pasar a los niños sí o sí. Antes no existía la obligación de tener que poner azul. Si le daba 3,9 repetía. Hoy hay

que hacerle pruebas especiales hasta que pase de curso. Con el tiempo ha aumentado harto el quehacer administrativo. Uno trabajó por 45 años y sabe lo que es estar a cargo de varios cursos, preparar clases, corregir pruebas. Entonces sobre eso, a uno lo piden cada vez más trabajo administrativo. A mí me daban las dos de la mañana trabajando en planificación ahí en la cocina. Al final de mis años de trabajo, esta parte administrativa me anduvo estresando, pero la hacía igual. Se volvió agobiante en los últimos años, sobre todo tener que pedir ayuda para el uso del computador. Al final todo el trabajo se transformó en eso, en el papeleo... cuando uno en realidad estaba ahí por enseñar, porque esa es la vocación.

También hubo un cambio en las generaciones, a veces uno incluso se pregunta si fue culpa de uno... Los apoderados de hoy, fueron alumnos de uno. Como niños, como estudiantes eran personas educadas y responsables, pero sus hijos son diferentes. Les dan demasiada libertad y pocos deberes. Al final, estábamos en una comunidad rural, pero con vicios de ciudad, con muchos reclamos y muchas quejas. Si no les gustaba un profesor, reclaman y lo cambian. El año pasado cambiaron a dos profesores, por ejemplo, porque le habla muy fuerte al niño. Yo siempre he hablado fuerte porque tengo un problema en el oído. Pero hoy tú no puedes hablar fuerte en la escuela, los apoderados son hipersensibles en ese sentido. Las nuevas colegas nos dicen que siempre hay uno o dos apoderados que lideran pero negativamente, siempre buscando la quinta pata al gato para reclamar por algo.

Esto comenzó a cambiar con la reforma en el gobierno de Lagos, la jornada escolar completa. Ahí se produce cierto cambio en la responsabilidad de los papás, ya que el niño al estar todo el día en el colegio se los liberó de la responsabilidad de criar a sus hijos. Eso es lo que pasa cuando el papá se va a trabajar a las salmoneras, ellas se quedan en la casa y se dedican a mirar las

teleseries y se olvidan del cabro chico. Hay mamás que ni siquiera saben si su hijo pasó de curso y se desentienden: usted verá por qué el niño no quiere aprender.

Por otra parte, igual hay que hacer un mea culpa, porque la jornada escolar completa se implementó, pero se hizo sin recursos, entonces los profesores ¿Qué hicimos? Mas de lo mismo. Entonces los niños también se cansaban y se aburrían. Pasamos a ser una guardería para que los papás pudiesen trabajar. Por otra parte, la llegada de las salmoneras también vino a distorsionar el sentido familiar, ya que los mayores ingresos hicieron que la gente se dedicara a eso y descuidara la familia. Eso también se notaba en otra cosa. Nosotros teníamos nuestra huerta, en una época en que no todo el mundo tenía. La gente empezó a tener cuando el gobierno comenzó a dar invernadero, pero con la finalidad de vender. Al tiempo, ya nadie regalaba nada, todo era vender. Llegamos a una pobreza de espíritu en ese sentido.

Irene

La llegada del camino

Por ahí por el ochenta y tantos recién comenzó a llegar camino. Comenzó por tramos y eso le cambió la vida a todos. Cuando el camino llegó hasta la escuela de Quillaipe yo empecé a viajar todos los días; me iba caminando de Quillaipe a Metri. En invierno llegaba empapada de agua, mañana y tarde, y así estuve hasta que fueron haciendo los nuevos tramos de la carretera. Cuando el camino llegó a la escuela fue la felicidad más grande porque ya no me iba a mojar, no tenía que caminar, ni nada de esas cosas.

Pero también el camino cambió a la gente, pienso que fue el progreso económico también. Los niños del sector rural de a poco pudieron tener televisión y ahora andan con su celular. Antes vivían su mundo, jugaban sano, ahora no, ahora están más dedicados al computador, la tele, el celular, han cambiado mucho.

Lo mismo ha pasado con los profesores, antes nos tocaba de todo. Ahora la mayoría de los colegas nuevos preguntan todo primero antes de irse a una escuela, porque no se van a cualquier parte, se quieren quedar todos en la ciudad. El sector rural es sacrificado, pero tiene más riquezas en otras cosas y eso hoy los jóvenes no lo ven.